

San Juan Crisóstomo

(Extracto de la homilía n° 49)

JESÚS HACE EL PRODIGIO

Mas vosotros, os ruego, considerad la sabiduría del maestro y qué discretamente los va conduciendo a la fe. Porque no les dijo de pronto: "Yo les voy a dar de comer", pues no les hubiera parecido creíble. *Mas Jesús dice el evangelista - les dijo. ¿Y qué les dijo? No tienen necesidad de irse. Dadles vosotros de comer.* No dijo: "Yo les daré de comer", sino: Dadles vosotros de comer. Es que todavía le miraban como a un hombre. Y de hecho, ni aun así caen en la cuenta, sino que como con un hombre siguen hablando con Él y le contestan: *No tenemos más que cinco panes y dos peces.* De ahí que Marcos advierta que los discípulos no entendieron lo que el Señor les dijo, pues su corazón estaba endurecido. Como ellos, pues, se arrastraban de aquel modo por la tierra, entonces es cuando el Señor interviene decididamente y les dice: *Traedme aquí esos panes.* Porque si el lugar es desierto, aquí está el que alimenta a la tierra entera. Si la hora de comer ha pasado ya, ahora os habla el que no está sujeto a hora ninguna. Juan, por su parte, nos cuenta que los panes eran de cebada, pormenor que el evangelista añade no sin motivo, pues por él nos quiere enseñar a que pisoteemos el fausto de las comidas suntuosas. Tal era también la mesa de los profetas. Habiendo, pues, tomado el Señor los cinco panes y los dos peces, *mandó - dice el evangelista - que se sentara la gente sobre la hierba y, levantando sus ojos al cielo, los bendijo. Luego, partidos, se los dió a sus discípulos, y los discípulos a la muchedumbre, y comieron todos y se hartaron, y recogieron lo sobrante: doce cestos llenos de pedazos. Y los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y niños.*

CONSIDERACIONES SOBRE EL MILAGRO

¿Por qué levantó el Señor los ojos al cielo y echó la bendición? Porque era menester que se creyera que había Él venido del Padre y que era igual al Padre. Ahora bien, las pruebas de una y otra verdad parecían pugnar entre sí. Porque su igualdad con el Padre se manifestaba en la autoridad personal con que lo hacía todo; su dependencia, en cambio, del mismo Padre no podían creerla sino por la humildad con que obraba y todo lo refería a Él y le invocaba al realizar sus prodigios. De ahí justamente que no apela a un solo procedimiento, a fin de que ambas verdades queden bien asentadas. Y así, ora realiza sus prodigios por su propia autoridad, ora invocando a su Padre. Mas, por que no parezca que hay contradicción entre lo uno y lo otro, es de notar cómo en los casos menores levanta sus ojos al cielo y en los mayores obra Él por su cuenta, con lo que nos quiere enseñar que, si en los menores ora y levanta sus ojos, no es porque la fuerza le haya de venir de otra parte, sino porque quiere Él glorificar a su Padre. Así, cuando perdonó los pecados, y abrió el paraíso e introdujo en él al buen ladrón, y derogó con absoluta autoridad la antigua ley, y resucitó innumerables muertos, y le puso freno al

mar, y descubrió los íntimos secretos de los hombres, y fabricó un ojo, hazañas que sólo a Dios y a nadie más que a Dios pertenecen, no se ve en ninguna parte que necesitara hacer oración; aquí, empero, cuando se dispone a multiplicar los panes, que era mucho menos que todo lo antes dicho, vemos que ora y levanta sus ojos al cielo. Y no hay duda que eso es lo que quiere demostrar, pero juntamente enseñarnos a no tocar el alimento antes de dar gracias al Señor, que nos lo procura. Y ¿por qué no crea el Señor los panes de la nada? Porque quiere tapar las bocas de Marción y de Maniqueo, que le niegan la creación, y enseñarnos así por los hechos mismos que también las cosas visibles todas son obra y creación suya, y que el que da ahora los frutos de la tierra es el mismo que dijo al principio: *Produzca la tierra hierba del campo y produzcan las aguas alma de animales que reptan*. Porque no es una obra menor que la otra. Si es cierto que aquellos animales venían de la nada, por lo menos los producían las aguas. Y hacer de cinco tantos miles de panes, y lo mismo de los peces, no es menor hazaña que sacar de la tierra sus frutos, y de las aguas, animales vivientes. Lo cual era señal de ser Él dueño soberano de la tierra y del mar. Había hasta entonces hecho siempre el Señor sus milagros sobre los enfermos; más ahora quiere dispensar un beneficio universal, a fin de que las gentes no fueran sólo espectadoras de lo que sucedía a los otros, sino que todos a par gozasen de su don. Y aquel milagro justamente que a los judíos en el desierto les parecía el colmo de las maravillas, pues decían ellos de Dios: *¿Acaso nos podrá dar pan y poner aquí una mesa en el desierto?*, ése es el que entonces realizó el Señor. Por eso sin duda los condujo al desierto, pues así el milagro estaría libre de la más leve sospecha y nadie podría pensar que la mesa se había provisto de alguna aldea cercana. Por eso también el evangelista hace mención no sólo del lugar, sino de la hora.

POBREZA Y DESPRENDIMIENTO DE LOS APÓSTOLES

Otra lección aprendemos también aquí, y es la filosofía de los discípulos en las necesidades de la vida y cómo despreciaban todo regalo. Doce eran, y sólo llevaban cinco panes y dos peces. Tan secundario era para ellos lo corporal y tan por entero estaban entregados a lo espiritual. Y aun a lo poco que tenían no sentían apego alguno, sino que apenas se lo piden lo entregan. De ahí podemos aprender que, por poco que tengamos, aun eso debemos darlo a los necesitados. Los discípulos, por lo menos, apenas el Señor les manda que le traigan los panes, se los presentan, y no le dicen: "¿Y de dónde comeremos nosotros? ¿Cómo matar nosotros nuestro propio hambre?" No. Su obediencia fue inmediata. Mas aparte todo lo dicho, otra razón, a mi parecer, de multiplicar los panes que allí había y no crearlos de la nada, fue porque quería el Señor llevar a sus discípulos a la fe, que era todavía en ellos demasiado débil. De ahí también que levante sus ojos al cielo. De otros milagros tenían, en efecto, muchos ejemplos; mas de milagro como éste, no. Tomando, pues, los panes, los partió y los distribuyó por mano de sus discípulos, con lo que les concedía un alto honor. Si bien no pretendía sólo honrarlos con ello. Quería también que, al realizarse el milagro, no le negaran fe ni, después de pasado, lo olvidaran, pues sus manos mismas habían de atestiguarse. Por eso permite primero que las muchedumbres sientan hambre, y espera a que sus discípulos se le acerquen y le pregunten,

y por su medio hace que la gente se siente sobre la hierba, y por sus manos les distribuye el pan, pues quiere prevenir a unos y otros por sus mismas confesiones y acciones. De sus manos, en fin, toma los panes, a fin de que haya muchos testimonios del hecho y tengan también muchos recuerdos del milagro. Porque si con todas estas precauciones se olvidaron, ¿qué hubiera sido sin ellas? Y manda a la gente que se sienten sobre la hierba, con lo que les quiere dar una lección de filosofía. No quería el Señor sólo alimentar los cuerpos, sino instruir también las almas.

OTRAS ENSEÑANZAS DEL MILAGRO DE LOS PANES

Por el lugar, pues, en que se hallaban, por el hecho de no darles de comer sino pan y peces, y dárseles a todos en igual medida y en común y que a nadie se le procurara mayor porción que a otro, el Señor daba a las muchedumbres lecciones varias de humildad, de templanza, de caridad, de aquella igualdad que había de imperar entre todos y de la comunidad de bienes en que habían de vivir. Y, después de partirlos, se los dio a sus discípulos, y éstos a las muchedumbres. Él les dió, partidos, los cinco panes, y éstos se multiplicaban en manos de los discípulos. Y no acaba aquí el prodigio, sino que el Señor hace que sobren, y que sobren no sólo panes, sino también fragmentos. Éstos mostraban que eran restos de aquellos panes, y los ausentes podían fácilmente comprobar el milagro. Y si permitió que la gente sintiera hambre, fué para que no se pensara que se trataba de una fantasmagoría. Y si hizo que sobrarian doce canastos de pedazos, fue porque quería que hasta Judas se llevara el suyo. Podía muy bien el Señor haber hecho que las gentes no sintieran el hambre; pero sus discípulos no se hubieran dado cuenta de su poder, pues eso mismo había sucedido con Elías. El hecho fue que los judíos quedaron tan maravillados de este milagro, que intentaron proclamarle rey, cosa que no hicieron en ninguno de los otros prodigios del Señor, ¿Qué palabra, pues, pudiera explicar cómo se multiplicaban aquellos cinco panes, cómo corrían como un río por el desierto, cómo fueron bastantes para tan ingente muchedumbre? Eran, en efecto, cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Máxima alabanza de aquel pueblo, pues seguían al Señor a par hombres y mujeres. ¿Como se formaron los fragmentos? Porque éste es otro milagro no menor que el primero. Y hubo tantos, que se llenaron doce canastos, en número igual, ni más ni menos, al de los discípulos. Tomando, pues, los fragmentos, los dio el Señor no a las muchedumbres, sino a los discípulos, pues las gentes eran aún más imperfectas que los discípulos.

EL SEÑOR NOS ENSEÑA A HUIR A VECES Y A BUSCAR OTRAS LA MUCHEDUMBRE

Después de obrar el milagro de la multiplicación de los panes forzó inmediatamente el Señor a sus discípulos a que subieran a una barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras *Él despachaba a las muchedumbres*. Si, presente Él allí, aun podía parecer que se trataba de un hecho fantástico y no de una realidad palpable, no así estando ya ausente. De ahí que, mirando por la más estricta prueba de la realidad del milagro, mandó que se alejaran de su lado sus discípulos, quienes, por otra parte, ya llevaban bastantes

recuerdos y demostración de sus milagros. Por lo demás, siempre que el Señor obraba algo grande, era costumbre en Él apartarse de las turbas y aun de sus discípulos; buena lección para que no busquemos nosotros nunca la gloria del vulgo ni tratemos de arrastrar en pos nuestro a la muchedumbre. Con la expresión los forzó nos da bien a entender el evangelista la íntima adhesión de los discípulos al Señor. Y los despidió con pretexto de las muchedumbres; en realidad, porque quería Él subir al monte. Y así obraba el Señor para darnos una nueva lección, la de que ni constantemente andemos entre las gentes ni huyamos tampoco siempre de la muchedumbre. Una y otra cosa ha de hacerse provechosamente y alternarse conforme a la conveniencia.

UNÁMONOS A JESÚS, PERO NO POR MOTIVOS SENSIBLES

Aprendamos, pues, también nosotros a permanecer junto a Jesús, pero no porque hayamos de recibir dones sensibles, pues en ese caso mereceríamos el reproche que Él mismo dirigió a los judíos. *Porque me buscáis* - les dice - *no porque habéis visto milagros, sino porque comisteis de los panes y os hartasteis*. De ahí que no hace continuamente ese milagro, sino sólo dos veces, con lo que quiere enseñarles a que no sean esclavos de su vientre, sino que busquen continuamente lo espiritual. Lo espiritual, pues, hemos también de buscar nosotros, del pan celestial hemos de tener hambre, y, recibido éste, desechar de nosotros toda preocupación mundana y terrena. Porque si aquellas muchedumbres abandonaron casas y ciudades y parientes, todo en una palabra, y siguieron al Señor hasta el desierto y, a despecho de la fuerza del hambre, no se apartaron de Él; cuánta mayor filosofía hemos de mostrar nosotros, que nos acercamos a una mesa divina, y cómo hemos de amar lo espiritual y sólo después de lo espiritual buscar lo sensible. Porque en realidad tampoco los judíos fueron por el Señor reprendidos de que le buscaran por el pan material, sino porque le buscaban sólo o principalmente por ese pan. El que desprecia los grandes dones y se pega a los pequeños, pierde no sólo los que el dador quiere que desprecie, sino los que el otro no busca ni ama. Como al revés: si amamos los grandes bienes del espíritu, nos da vida para siempre en compañía del Esposo, y todo lo demás que ni la palabra ni la inteligencia pueden representar. He ahí una diferencia inmensa entre ésta y las demás artes. La mayoría, efectivamente, de las otras artes sólo nos son de provecho para la presente vida; ésta lo es también para la vida venidera. Y si tanta es la diferencia con artes que, al cabo, son necesarias para lo presente, tales el arte de la medicina, de la edificación y tantas otras, ¿qué decir de aquellas que, bien miradas, ni nombre merecían de artes? Yo, por mi parte, no llamaría así a las artes superfluas. ¿Qué utilidad, en efecto, reportamos de las artes de la cocina y de los condimentos? Ninguna, Antes bien, son artes inútiles y dañosas, que corrompen por igual cuerpo y alma, pues todo su afán -que es mucho- es procurarnos el placer, fuente que es de todas las enfermedades y sufrimientos. Y no sólo a éstas, a las mismas artes de la pintura y decoración les negaría yo ese nombre de artes, pues solo nos procuran gastos inútiles. Las artes tienen por función procurarnos o fabricarnos las cosas necesarias y que sostienen nuestra vida. Dios nos dio la sabiduría para inventar medios como podamos conservar la vida; pero pintar unos monstruos en las paredes

o en los vestidos, ¿qué utilidad puede tener, decidme? Por esta razón, justamente, mucho habría que cercenar del arte de los zapateros y de los tejedores, pues la mayor parte de su trabajo ha venido a parar en lo superfluo, corrompiendo lo necesario y mezclando con el arte bueno sus detestables artificios. Lo mismo ha acontecido a la arquitectura. Y como a ésta no le negaré yo nombre de arte si edifica casas y no teatros, y nos da en ellas lo necesario y no lo superfluo; así llamo también arte el del tejedor mientras nos fabrique vestidos y mantas, pero no cuando imita a la araña, no si toda su obra termina en risa sin término y malicia inexplicable. Y a la zapatería, mientras fabrique zapatos, no le negaré el nombre de arte; pero si obliga a los hombres a adoptar formas de las mujeres y los calzados son fuente de afeminamiento y molicie, la pondremos entre las cosas dañosas y superfluas y nos guardaremos bien de llamarla arte.

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS EL EJEMPLO DE JOSÉ

Considerando, pues, todo esto, imitemos a aquel bienaventurado José, que brilló por todas estas virtudes, a fin de alcanzar también sus mismas coronas. Las cuales así merezcamos ceñírnoslas todos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.